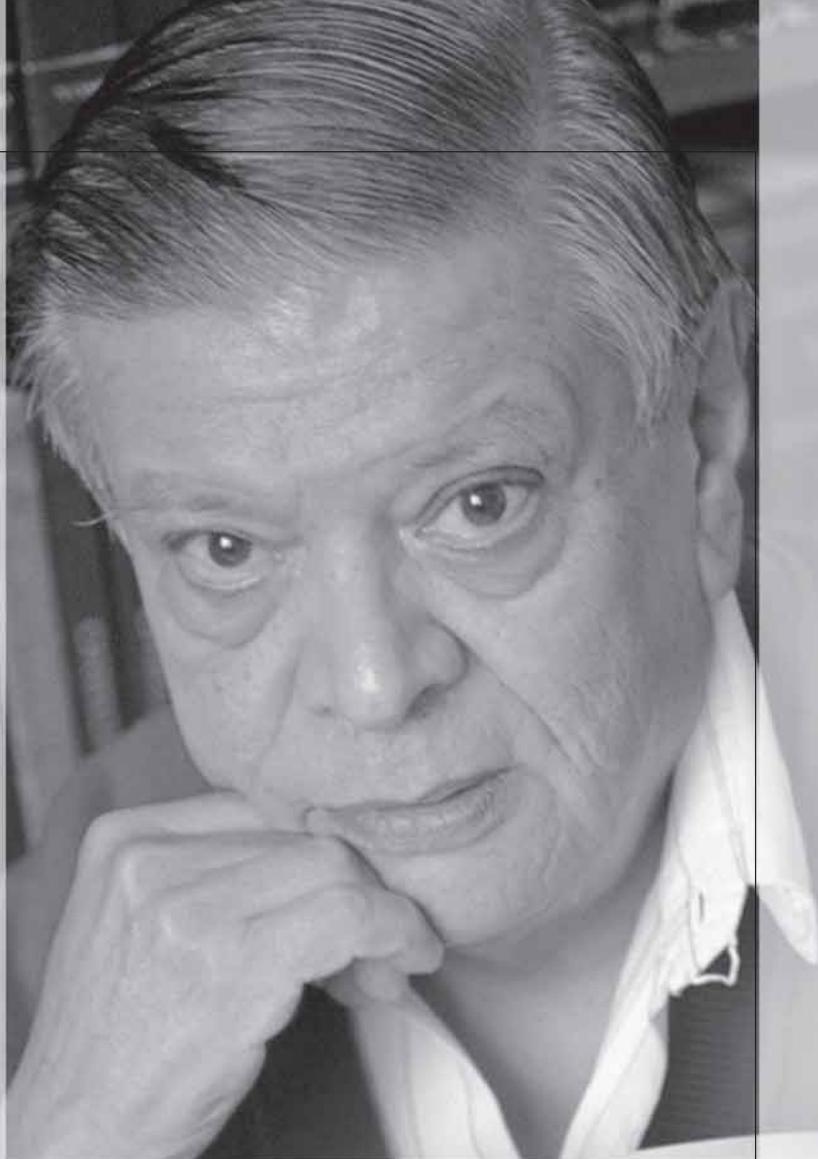


Washington Delgado *IN MEMORIAM*

Marco Martos



Como puede leerse en las páginas de Platón, cuando Sócrates estaba condenado a beber la cicuta, tuvo todavía un tiempo para conversar con sus amigos y ejercer su magisterio hasta el último minuto de su vida. Ese tiempo es simbólico y expresa de modo concentrado la cortedad de la vida. Cuando Critón le dice al maestro que tiene un espacio para el disfrute antes de que llegue la noche definitiva, Sócrates recuerda que debe el precio de un gallo a Esculapio y pide a su discípulo que se haga cargo de esa deuda y luego va con serenidad a cumplir su condena.

En el combate entre Eros y Thánatos, lo sabemos por experiencia desde niños cuando vemos la muerte de los mayores siempre delanteros, Thánatos es el eterno vencedor, pero hay algunas personas que son capaces de llevar el estandarte de Eros al vestíbulo mismo de la muerte. De esta clase de

personas era Washington Delgado. Por eso, para quienes lo hemos conocido, sus 75 años nos parecen pocos y como ha finado de un momento a otro, en plena posesión de sus facultades, la parca nos parece particularmente injusta con un hombre querido por muchos pues era un excelente poeta, maestro ejemplar, fino prosista, humanista a carta cabal.

La faceta más conocida de Washington Delgado es la de poeta. Se le suele ubicar en la llamada generación del 50. En verdad este rótulo genérico abarca a dos promociones de escritores, los que aparecieron en la década del 40 como Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Gustavo Valcárcel y los que aparecieron en la década del 50 como Gonzalo Rose, Carlos Germán Belli, Pablo Guevara o el propio Washington Delgado. Aficionados como somos a los estereotipos, se ha signado sin más a Washington Delgado como un heredero

exclusivo de la vertiente literaria española, afirmación que no deja de ser una verdad a medias, pues él como poeta era conocedor de distintas tradiciones. Leía con fruición a poetas tan diferentes entre sí como Horacio, Dylan Thomas, Eliot, Rilke, Boris Pasternak y, especialmente a Bertolt Brecht, con quien compartía los sueños socialistas por un mundo mejor.

La rueda de la fortuna literaria ha escogido a Jorge Eduardo Eielson y Blanca Varela como los poetas emblemáticos del grupo de líridas aparecidos en los años cincuenta. Ahora probablemente Washington Delgado empezará a llamar la atención por la exquisita originalidad de su poesía pues él fue tempranamente quien resolvió en su práctica poética la aparente contradicción entre poesía pura y poesía comprometida, tema polémico en años finales de la década del cincuenta. La poesía de Delgado, con un fondo filosófico epicúreo y escéptico, de pesimismo radical a veces, se transformaba en palabra de esperanza cuando soñaba con el Perú. Su verso sedoso se apodera del lector y entre líneas va dejando lecciones de sabiduría.

Como prosista, Washington Delgado es un adelantado de una tarea que es indispensable en los estudios literarios: la redacción de una nueva historia literaria del Perú. Poco se gana ahora volviendo una y otra vez a señalar los errores de las historias literarias que circulan desde hace décadas. Delgado preparó dos libros de gran utilidad: una breve historia de la literatura republicana y otra del período virreinal que son una luz positiva en el fárrago de nombres y citas con los que otros quieren acostumbrarnos. Nadie más lo ha hecho en los últimos cuarenta años. Desperdigados en revistas hay numerosos artículos que merecen recopilarse sobre el teatro español del siglo de oro, sobre Jorge Guillén, Pedro Salinas, José María Arguedas, César Vallejo.

A lo largo de cuatro décadas, Washington Delgado ejerció el magisterio en las Universidades Católica, San Marcos, Guzmán y Valle y Villarreal. Es de esperar que teniendo tantos exalumnos y discípulos vinculados a esas casas de estudios, alguna de ellas, San Marcos especialmente, publique en forma ordenada la poesía conocida y desconocida del maestro y los estudios literarios éditos e inéditos del poeta y maestro universitario.

Washington Delgado nació en el Cuzco el 26 de octubre de 1927 y murió en Lima el 6 de setiembre de 2003. Hizo sus estudios secundarios en el colegio San Andrés y los estudios universitarios en la Universidad Católica y en la Universidad de San Marcos donde se doctoró en 1969 con una tesis sobre Lope de Vega. Miembro de la Academia Peruana de Lengua, fue decano de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos entre 1984 y 1987. Como poeta ha publicado los siguientes libros: *Formas de la ausencia*, 1955, *Días del corazón*, 1957, *Para vivir mañana*, 1959, *Parque*, 1965, *Tierra extranjera*, 1968, *Destierro por vida*, 1969, *Un mundo dividido*, 1970, *Reunión elegida*, 1988, *Cuán impunemente se está uno muerto*, 2003. Como crítico ha publicado: *Historia de la literatura del Perú republicano* (1980) y *La literatura colonial* (2002).

Poemas de Washington Delgado

Un camino equivocado

Un camino equivocado es también un camino.
No nos detendremos aunque la muerte nos espere
El cielo ya no es azul ni dorado es el llanto
No nos detendremos el corazón tiene otros ojos
Hay que morir un poco para mirar el día

Más antigua que la noche la muerte es una leyenda
Existe un lugar en donde somos dioses
En el centro del día un bello rostro

Del tiempo de los sueños nada queda
La tristeza es totalmente innecesaria
Todo nos conduce a la alegría

Lo que una vez fue verde nunca muere
Toda vida posee un bello rostro
Un camino equivocado es un camino
Y nada son los días de la muerte



Héroe de pueblo

Yo construyo mi país con palabras,
digo cielo cuando miro al cielo
digo luz, agua, corazón y lo demás ignoro.

El silencio es profundo pero amo las alturas.
Hombres son y mujeres los que alumbran mis ojos
y mi voz está con ellos como el aire en que viven.

No me importa la muerte si es justo mi combate.
Por el amor no por odio he de sobrevivir.

Yo canto en las matanzas, yo bailo junto al fuego, yo construyo
mi país con palabras.

Toco una mano

Toco una mano y toco
todas las manos de la tierra.

Nada es distinto de este rostro,
de esta voz instantánea
y la fuerza del corazón es también
un resplandor en el cielo.

El amor es idéntico
a sí mismo, yo soy
una multitud sobre la tierra.

Todo el amor es nuestro
toco una mano y toco
toda la hermosura.